

REPUB. MEX.

F1233

LIBRO DE DIVISION

4376

113



83838

LIBRERIA DE NUEVO LEON
Patricia Vazquez y Lopez

Bien comprendi desde luego el fin que se
proponia Atellan. En los momentos en que
acababan de pasar los acontecimientos de que
trato, que tenian horrorizado a todo el mundo.

INTRODUCCION.

Desde que concluyó el sitio de México, el 21
de Junio de 1867, supe que D. Manuel Ramirez
Arellano se espresaba mal contra mí, criticaba
mi conducta, y me calumniaba de todos modos.
Decia entóncea, que era depositario de los se-
cretos del Emperador Maximiliano, protestaba
hacer revelaciones de alta importancia, y asegu-
raba probar mi supuesta traicion, y pulverizarme
con sus cargos luego que escribiese un libro que
se proponia dar á luz con ese objeto.
Así se espresó en México y en su camino hasta
Veracruz: así lo hizo en la Habana; y es natural
que lo haya hecho en Europa.
Pero hablaba con tanta vehemencia, y daba tal
acento de verdad á sus palabras, que logró enga-
ñar aun á personas que pasan por sensatas, las
cuales tuvieron el candor de apresurarse á creer-
me culpable, sin esperar mis razones, como acon-
sejaba la prudencia.

000557

Bien comprendí, desde luego, el fin que se proponía Arellano. Eran los momentos en que acababan de pasar los acontecimientos de Querétaro, que tenían horrorizado á todo el mundo. Generalmente se deseaba saber lo que allí habia sucedido: por todas partes se preguntaba lo ocurrido, y hasta el menor de sus episodios era acojido con avidez, discutido, comentado y analizado. La prensa periódica se ocupó de este ruidoso y triste asunto. Las córtes de Europa vistieron luto: el duelo fué general; y tan tremenda desgracia deplorada del uno al otro extremo de la tierra, aun por aquellos que ántes hacian alarde de ser enemigos de la ilustre víctima.

Natural era, pues, que cualquiera que en aquellos momentos se presentase en Europa diciendo: "Yo he visto todo eso..... Estuve al lado del Soberano, hasta sus últimos momentos..... soy el depositario de sus secretos..... voy á darlos á conocer..... Escuchad que tengo mucho que decir..... voy á explicar esos misterios..... voy á descubrir al traidor..... voy á confundirle con mis cargos..... ¡Oidl!.... ¡Oidl!..... y quedareis asombrados!!

Natural era, repito, que quien así se espresara, llamase la atencion de los que lo oian: escitase la

curiosidad: recrudesciese el odio contra el supuesto culpable; moviese la compasion en favor del que hablaba, la admiracion por su lealtad, la consideracion por el puesto que habia ocupado cerca del Monarca que le concedió su confianza, y sobre todo, y *esto es lo principal*, que se vendiesen mas y mas caras las publicaciones que hiciese, tratando estos asuntos.

Ni un momento dudé que lograria su objeto, ya por las razones que dejo espuestas, y ya porque el autor tiene la mayor habilidad para mentir, y una audacia y un cinismo que no conoce límites, elementos muy á propósito para persuadir á quien no está en antecedentes ó no conoce la verdad ó no quiere molestarse en analizar los hechos, y cree inocente y sencillamente cuanto oye ó cuanto lee, sin ocuparse en averiguar lo cierto.

Sin embargo, como mi conciencia está tranquila, porque sé que he llenado mis deberes, y como esto puedo probarlo siempre, esperé sosegadamente á que mi calumniador hiciese sus acusaciones y deseaba que fuese cuanto ántes para saber lo que inventaba. Pasó algun tiempo, y nada dijo: entónces publiqué mi manifiesto de 20 de Abril de 1868, que llevó entre otros objetos el de pro-

vocar á Arellano para que hablase: pasó mas tiempo, y tampoco dijo nada: creí entónces ó que habia encontrado tan bien esplicada la verdad, que nada le quedaba que decir, ó que no se atrevia á negarla, poniéndose al nivel de los mas despreciables charlatanes; pero me engañé, y al fin, al año y medio de muerto el Imperio, apareció el folleto que Arellano tenia ofrecido, el cual no pude conseguir que llegara á mis manos sino seis meses despues.

He leído ese documento con la calma y el detenimiento necesarios para apreciar con esactitud sus conceptos; y aseguro por mi honor que habia resuelto no responder nada á lo que no merece mas contestacion que el desprecio; pero como por desgracia el silencio se interpreta equivocada y desfavorablemente, y como no puedo ver con indiferencia que se falsifique la verdad, me he decidido á hacer el enorme sacrificio de escribir para refutar ese libelo que tergiversando unos hechos, desfigurando otros, inventando muchos, y negando cuanto hay de cierto, es un tejido de mentiras y de absurdos dichos con tanta mala fé, quanto es mala la índole de su autor.

No se entienda que esta refutacion lleva por objeto contestar á Arellano. ¡Oh! no: ¡Dios me

libre de rebajarme hasta ese punto! Y téngase presente que lo que he dicho hasta aquí, es solo para demostrar que al escribirse ese folleto, no se llevó ningun fin noble, decente ni patriótico: la pluma del escritor fué guiada nada mas por sentimientos mezquinos, hijos de un alma miserable.

Es un fárrago de disparates, un cúmulo de necedades, una serie de contradicciones tal, que verdaderamente no se comprende, y se necesita la paciencia de Job para acabar de leer el libro sin arrojarlo de las manos cien ocasiones. Ademas, se ha adoptado en su redaccion un lenguaje tan impropio que no podrá ménos de avergonzarse su autor cuando reflexione en lo que ha escrito.

No hay un insulto que no se me prodigue: se apuraron los improperios para aplicármelos todos mezclados con apodos y con imprecaciones asquerosas, y hasta mi herida que llevo con orgullo sobre el rostro como blason glorioso de lealtad y patriotismo, se ve allí escarnecida, precisamente al declarar el mismo Arellano, que la recibí salvando al Imperio que acababa de nacer el dia anterior, cuya única circunstancia bastaria para que se me considerase, como sucede en todos los países con el que presta á su patria servicios de esta clase. No usaré el mismo lenguaje, y segun mi siste-

ma, todo cuanto diga quedará probado á continuación.

Pondré á mis capítulos el mismo número de los del libelo que refuto, para que se encuentre fácilmente cuanto digo de cada uno.

Poco será, en verdad, puesto que la mayor parte de los puntos que contiene están ya contestados en mi manifiesto y no los reproduciré aquí, porque sería no acabar nunca, si cada vez que le ocurriese á cualquiera escribir contra mí, tuviese yo que empezar de nuevo con el propio relato, las mismas pruebas y siempre iguales esplicaciones. En aquel documento está perfectamente detallada mi conducta; allí se ve bien claro cuanto se quiere saber de mí; á él me remito.

Réstame solo probar que jamas tuve resentimiento con el Emperador Maximiliano, ni era posible que yo abrigase la idea de una venganza. Así lo haré. Y como Arellano, retratándose con los colores mas negros, ha querido presentarme al mundo con instintos y sentimientos que no tengo yo, presentaré á ese señor tal cual es: yo arrancaré la careta de ese hipócrita que me difama; yo probaré que es un falsario, traidor é ingrato.

Arellano comienza su folleto con las siguientes palabras que pone al principio de su introducción:

«Si algun dia la Casa de Austria ó la Augusta Emperatriz Carlota pueden ocuparse de rendir á la memoria del Emperador Maximiliano los homenajes que merece, creemos que les será indispensable recojer el informe de los generales y las actas de los Consejos de Guerra sobre las cuales está basada la acusacion terrible y fundada que dirigimos hoy.”.....

¡Ojalá llegase cuanto ántes ese dichoso dia, porque entónces compareceria yo con mi informe, y se tendria que escucharme: presentaria los documentos importantes que poseo, y en ellos se reconocerian las firmas del Soberano, y de los personajes que los han suscrito: haria yo el relato prolijo de los hechos, y las esplicaciones minuciosas que no es posible consignar en una publicacion de esta especie: se oiria la declaracion de todas las personas civiles y militares que han presenciado mi conducta é intervenido en mis actos:

se carearia conmigo á mis acusadores que quedarían confundidos con mis réplicas, y anonadados con las reconvenções que yo les haria por la falsedad y mala fé con que han hablado: se procederia á todas las averiguaciones que fuesen precisas en cada caso: exhibiria yo cuantas pruebas se necesitaran en todas ocasiones. Y á fuerza de examinarlo todo, prolija y concienzudamente, y despues de depurar hasta el menor de los acontecimientos con todo el rigor de la mas estricta justicia, se acabaria por deslumbrarse con el brillo de la verdad que luciria clara, radiante y majestuosa como la luz del sol, pregonando mi inocencia en alta voz por todas partes, y la humillacion de mis calumniadores, que no podrian nunca alzar los ojos delante de mí, mientras que yo, gracias á Dios, llevo siempre mi frente levantada.

Luego continúa Arellano declarando, para dar mayor fuerza á sus palabras; «que ha sido amigo mio; y que le prodigué y le prodigo aún elogios: *no merecidos*, por los cuales me estaba ántes *profundamente reconocido*.»

En cuanto á lo primero no es verdad, porque Arellano nunca ha sido amigo mio. En cuanto á lo segundo es muy cierto le prodigué elogios,

cuando los mereció, y se los prodigaré toda mi vida en aquello que lo merezca, porque la justicia es la que me guia. Dice que ya no me está reconocido; es natural, los ingratos jamas agradecen nada, y como me he propuesto probar que Arellano adolece de este defecto en alto grado, y no obstante que su ingratitud queda ya confesada por él mismo en las anteriores palabras, debo advertir que no son solo elogios lo que le he prodigado sino servicios en cuanto me ha sido posible. Desde su mejor época durante la presidencia de su querido amigo el general Miramon, ya le serví hablando en favor suyo al presidente que estaba altamente disgustado por el abandono en que tenia al batallon de artilleria de montaña que mandaba, hasta el grado de asegurarme Miramon que iba á darle su licencia absoluta, un dia que visitamos su cuartel y supo que el coronel no iba allí casi nunca.

Cuando las tropas mexicanas que estaban á mis órdenes se movieron de su campo de San Juan Izotengo con direccion á Puebla á principios de mil ochocientos sesenta y tres, se me presentó en aquel punto el coronel Arellano, reconociendo la intervencion y ofreciendo sus servicios. Y aunque en aquellos momentos no lo necesitaba, ni tenia co-

locacion que darle, lo admití, y lo tuve siempre á mi lado, con las consideraciones de su empleo, y las distinciones de mi amistad.

En 20 de Mayo del mismo año, organicé un batallon de artillería y nombré coronel de dicho cuerpo á Arellano, dándole ademas la investidura de inspector y comandante general del arma.

A nuestra llegada á México, la asamblea de notables dió un voto de gracias al ejército que yo mandaba por los servicios que habia prestado en todo el tiempo de la campaña, en el cual no estaba comprendido Arellano porque se habia incorporado á última hora, y sin embargo lo hice partícipe de esta gracia con las palabras mas lisonjeras.

En Julio del mismo año se dió una nueva organizacion al ejército y yo cuidé que el coronel Arellano quedase en mi division, á cuyo efecto lo nombré en ella comandante general de su arma.

Pocos dias ántes de mi salida de México á la campaña del interior se quitó por el Ministerio de Guerra al coronel Arellano el mando que tenia y se dió al teniente coronel Peza; pero yo influí para que se le devolviera á Arellano, y lo conseguí.

En la batalla de Morelia de 18 de Diciembre del propio año no pude redactar el parte por impedírmelo mi herida, y encargué de este trabajo al coronel Arellano como una prueba de mi absoluta confianza.

En seguida pedí para Arellano la Cruz de la Legion de Honor que yo mismo coloqué en su pecho en la Plaza de Armas de Morelia en presencia de las tropas, y dando al acto la mayor solemnidad.

A menudo recibia yo comunicaciones del Ministerio de la Guerra contra el coronel Arellano por las quejas del director de artillería general D. Bruno Aguilar que jamas recibió los documentos correspondientes al batallon de Arellano ni este se entendió para nada con dicho director, y yo defendia siempre á Arellano, del justo enojo de sus superiores.

Apénas llegué de Europa y encontré á Arellano en México, comencé de nuevo á ejercer con él los oficios de mi buena amistad, haciendo al emperador tantos y tan repetidos elojios de dicho gefe, que á fuerza de trabajar logré por fin disponer en su favor el ánimo del soberano, hasta el grado de convertir la prevencion de S. M. contra él, por sus malos antecedentes, en un afecto tan distin-

guido, que á él debió Arellano, por mis esfuerzos, la buena posicion que tuvo luego en Querétaro, las condecoraciones que recibió y su elevacion al rango de general que, sin esta circunstancia, no habria obtenido en muchos años.

Finalmente, para no hacer mas largo este relato, el 19 de Junlo de 1867, ántes de separarme del poder que el Emperador se dignó confiarme, mandé espedir el despacho de general de brigada al mencionado Arellano, porque me lo pidió diciéndome que se le habia, estraviado el que le espidió S. M. y llevé mi aprecio hasta el grado de que fuese estendida dicha patente con el carácter de *general de artillería*, cuya categoría no existe en el ejército mexicano, por lo cual tuve que hacer uso de las omnímodas facultades que el emperador me concedió, y dispuse que se salvase esa dificultad poniendo estas palabras: «Con dispensa de la Ley.»

No paró aquí mi amistad, sino que á la vez mandé que se le espidiese el diploma de grande Oficial de la Aguila Mejicana, que tambien me dijo se le habia estraviado.

Este ha sido mi comportamiento con Arellano. Su ingratitud, de manifiesto está en su folleto, y de ella no habria hecho mencion alguna, si él no

hubiera tocado este punto para aparentar una imparcialidad que no conoce, porque esto me ha puesto en la necesidad de demostrar mas clara su ingratitud á fin de que se tenga presente que quien así paga los favores que ha recibido, no puede abrigar ningun sentimiento noble, y obra siempre bajo las inspiraciones de una alma depravada.

Por lo demas, en cuanto á las injurias que contiene el resto de su introduccion, se las perdono y lo desprecio, porque lo considero indigno hasta del honor de que yo se las conteste.

I.

Dice Arellano que “las principales causas del desenlace que terminó en Querétaro de una manera sangrienta, el trágico drama del Imperio de Maximiliano, son generalmente desconocidas, y por eso se ha propuesto darlas á conocer para cumplir así los últimos deseos del Emperador y del general Miramon.”

Muy bueno seria este pensamiento de Arellano, y mucho deberia agradecersele si hablase la verdad; pero no puede porque en ese sangriento desenlace él es el principal culpable, mas todavía que el mismo Lopez, quien no habria podido trai-